



• Estatua de Ana Frank, con un infaltable fondo de bicicletas.



• Si bien los canales no sirven de referencia para encontrar cafeterías u otros puntos de interés, son la cédula de identidad de Amsterdam.

“Apuntes y pinceladas”

Amsterdam

en cuatro ambientes

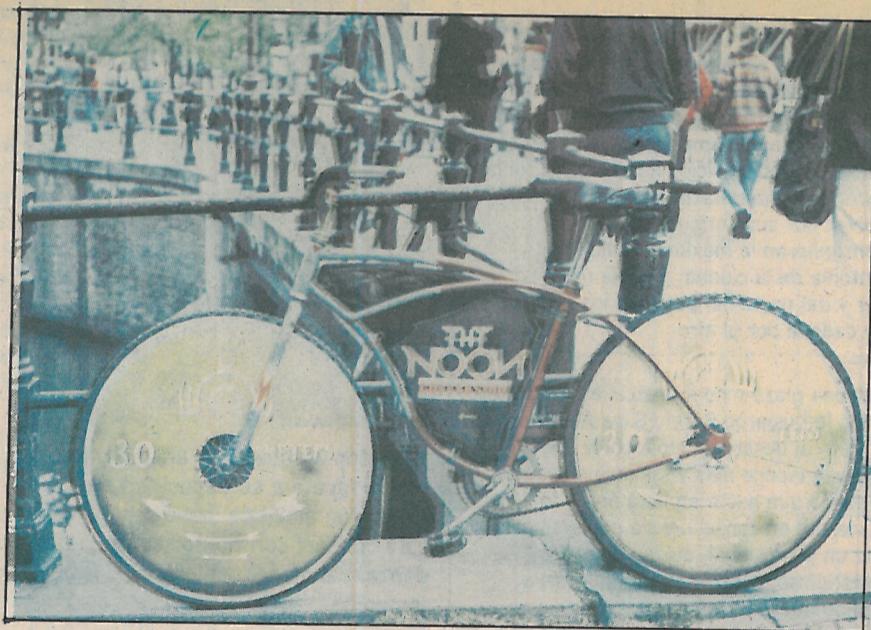
Por Patricio Rojas

En Madrid los buenos bares se conocen por la cantidad de desperdicios en el suelo: mientras más, mejor. En Amsterdam, por la

acumulación de nicotina en las paredes y muebles. Se llaman “bruin cafes” (cafés cafés), no porque sirvan espresso sino en honor al color de todo lo que hay en su interior. Mi mujer y yo fuimos a uno llamado “Princegracht”, a orillas del canal del mismo nombre. El piso era de linóleo con quemaduras por todas partes. Las mesas tenían manteles tan gruesos que más parecían alfombras o toallas caras. Las paredes eran todas de madera oscura menos una, en la que había un mural con escenas parisinas; por el estilo se notaba que era de principios de los años sesenta y quizás en ese entonces el fondo haya sido blanco. Con la excepción del vago sentado al fin de la barra que se dedicaba a resucitar colillas ajenas, los parroquianos eran todos gente del barrio, de clase media.

Era domingo y por la ropa daban la impresión de haber ido al bar directamente de la iglesia. Muchos se conocían entre sí y conversaban con los mozos o el dueño. No sé holandés, pero las conversaciones parecían ser de esas sobre temas cotidianos en que, a pesar de no escucharse, los interlocutores se estiman. El techo era de vigas falsas de las que colgaban pequeños parlantes. Cuando la radio tocó una versión de “Daddy don't you walk so fast” en holandés, el dueño subió el volumen y se pusieron todos a corear el estribillo.

Hay también otro tipo de cafés; se llaman “coffeeshops” y los frecuentan los adolescentes. Los hijos de los clientes del “Princegracht”, me imagino. Entramos a uno sin saber, con la idea de pedir café y panqueques. Se llamaba “Mediterranee”, pero más parecía una versión posmodernista de algún paraíso caribeño inexistente: palmeras inflables en el piso, música reggae a todo volumen, loros de trapo que colgaban del techo sin decir palabra. El efecto no se limitaba a lo audiovisual; de todos los rincones emanaba el dulce aroma de cierta planta que el gobierno norteamericano gasta millones de dólares en erradicar. Comprendimos rápidamente que ahí no había panqueques. Lo que sí había era



• El arte de tomar café se manifiesta en Amsterdam hasta en sus bicicletas... En las ruedas de éstas va la propaganda de un “coffeshop”.

tanto humo que creo que con el tiempo les van a cambiar de nombre y llamarles “cafés verdes”. Para disimular que éramos turistas despistados, compramos un encendedor. Y quizás algo más. La decadencia de los cafés tiene su contrapunto en el abolengo de los hoteles. El nuestro, a pesar de ser pequeño y de pocas estrellas, contaba con un comedor en el que se hubieran sentido muy a gusto los frustrados comensales de El Discreto Encanto de la Burguesía. En cada mesa había una rosa enana y una especie de bol de cristal con una pequeña vela en el fondo. Después de darnos los buenos días, la camarera

prendía la vela y cubría el bol con una placa de metal, sobre la cual depositaba suavemente la cafetera para conservar su calor. Yo aspiraba el olor de la rosa (en vano, porque las enanas no tienen aroma) y le servía una taza de café a mi mujer mientras jugaba a adivinar de qué compositor era la música de cámara que tocaban ese día. Jamás lo logré, pero me consolé al poder identificar el busto de yeso que había sobre uno de los parlantes; era Voltaire. Por si llegara algún huésped con más talento musical que yo, en un rincón había un violonchelo. Nunca vimos a nadie tocarlo, pero su presencia servía no sólo para dar

ambiente sino también para cubrir una parte un tanto raída de la alfombra persa, la que a su vez servía para esconder el alambre que conectaba el parlante voltaireano. Nos sentíamos tan bien ahí, comiendo huevos a la copa (servidos en copa) y pan centeno con queso Gouda (dorado como su nombre), que a veces me daban ganas de que se pusiera a llover para poder justificar quedarnos allí la mañana entera. Pero tampoco en Amsterdam la buena vida ha sido eterna. Desde el café “Princegracht” se ve un edificio que se distingue de los de al lado por la larga cola de gente frente a la puerta. Uno paga tres guilders, sube al segundo piso y cruza un umbral escondido tras un estante giratorio. Adentro están las cuatro habitaciones donde Anne Frank, su familia y algunos amigos vivieron hacinados desde julio de 1942 hasta el día en que los descubrieron los nazis y los mandaron a morir en el último tren que salió para Auschwitz. Uno ve la buhardilla donde Anne y Peter van Daan se refugiaban de sus padres. Ve el baño que sólo podían usar cuando no había nadie en el primer piso. Ve la despensa donde almacenaban las exiguas papas compradas con la venta del abrigo de pieles de la señora van Daan. Ve el rincón donde Otto Frank leía a Dickens con el diccionario Inglés-Alemán a la mano. Ve la pared donde Anne pegaba fotos de las estrellas de cine del momento. Y al lado de un mapa de Normandía que muestra el avance de las tropas aliadas después de la invasión, uno alcanza a distinguir las rayitas y anotaciones que marcan el crecimiento de los niños a través de los dos años de encierro. De los tres, Anne Frank fue la que creció más.